

# UN NUEVO POETA VERDADERO

Rafael MORALES

La rehumanización, la nueva valoración de los elementos tradicionalmente rechazados por la lírica y la atención a la realidad vital, circunstancial y social, así como el empleo de un lenguaje más sencillo y directo, que son frecuentes en la poesía actual, ha dado motivos e incluso indebida justificación a muchos polizones de la aventura poética de nuestro tiempo. Creen ellos -y no faltan quienes les ayudan a creerlo- que ser poeta de hoy consiste principalmente en preocuparse de tales importantes factores que ensanchan el ámbito de la creación poética. Pero de ahí no pasan, con lo que hacen caer a la poesía en un vulgar prosaísmo. En la generación de entreguerra el fenómeno fue todo lo contrario, y los eternos polizones se dedicaron a hilvanar locamente imágenes y metáforas hasta caer en un preciosismo vacío. Todo se les quedó en el significante o continente, como hoy todo suele quedarse en el significado o contenido. Estos son los dos escollos en que la poesía viene estrellándose tradicionalmente. Preciosismo de oropel o prosaísmo ambicioso son y han sido siempre los dos polos fatales de la ineptitud poética.

En cuanto al lenguaje poético, éste, sin mengua alguna de la poesía, puede ser sencillo y común, que no es lo mismo que prosaico y vulgar, o culto y depurado, que no es lo mismo que rebuscado y afectado; pero en ambos ha de prevalecer la belleza emotiva y sugerente de la expresión. Esto nos lo atestigua en una y otra orientación la extraordinaria historia de nuestra lírica. Por el camino de la sencillez del lenguaje tenemos el «Romancero», el «Cancionero», Jorge Manrique, la mayor parte de la poesía de Lope, Bécquer, Antonio Machado... Por el otro, a Garcilaso, Herrera, San Juan de la Cruz, Góngora, Quevedo, Espronceda, Juan Ramón Jiménez, García Lorca... Unos fueron más hondos y otros menos, unos fueron impulsados más por la estética que por el concepto, otros al contrario. En unos prevaleció lo bello, en otros lo entrañable; pero ninguno se apartó de la belleza expresiva porque todos eran grandes poetas legítimos.

Hoy, con tal de expresar la «realidad», de ser «humano» o «natural», de preocuparse de la «vida colectiva», etc., la poesía española se nos llena de Campoamores sin gracejo ni ironía de ninguna clase. Campoamor fue un poeta de su tiempo, que empleó un lenguaje común, que se preocupó de las realidades sociales o humanas del medio burgués en que vivió, pero que pese a los buenos propósitos de

su «Poética» (1883), fue incapaz de una intuición francamente certera. Dijo cosas que algunos poetas de hoy repetirían, pero cuando las interpretó sólo hizo mostrar su pedestrismo, su ramplonería. Así, por ejemplo, Campoamor dijo: «Cuánto más popular y cuánto más nacional sería nuestra poesía si en vez de la elocución artificiosa de Herrera se hubiera cultivado este lenguaje natural de Jorge Manrique.» Y él lo intentó e incluso la forma estrófica de las «Coplas» manriqueñas, para lograr resultados como éste: «si eres feliz algún día.- igual que el recuerdo tirano- de otro amor- no se filtre en tu alegría- cual se desliza un gusano roedor»

Perdóneseme la larga digresión anterior cuando voy a comentar un interesante primer libro de un poeta nuevo: «El regreso», de Antonio Pereira, que acaba de ser publicado. Si la he hecho es porque en este nuevo poeta encontramos vivas las legítimas preocupaciones de muchos otros de hoy, pero dentro de ese sabio equilibrio de poeta verdadero en que ni la belleza queda destruida por el concepto -bueno o malo- ni el concepto por la belleza -verdadera o falsificada-. Es decir, para nosotros Antonio Pereira es un poeta de los pocos que siempre hay, pero además es un poeta de su tiempo, que se inspira en el medio ambiente, en su vida y en la de su prójimo, que es natural, 'que emplea un lenguaje sencillo, que es entrañablemente humano.

Pero todo ello con la intuición verbal indispensable para que exista el poema. Pereira es hombre que ha recorrido mundos, que en ellos se ha encontrado con la hostilidad, con la dureza. De su emotivo poema «El desterrado» son estos versos:

Las calles salineras  
que mueren en el mar  
son ríos de silencio,  
ramos de hostilidad.  
... ..  
Camina, se detiene...  
¿Nadie le va a llamar  
por su nombre? No, nadie  
le llamará.

Consulados de bronce,  
verjas de alto metal,  
templos de rito extraño,  
¿dónde podrá llorar?

Y así va cantando la Vida en la Patria -en la provincia- y allá en los mundos lejanos, siempre combinando la buena expresión, la gracia verbal con lo entrañable del sentir que corresponde a la poesía de realidades y cotidianidades con que irrumpen en las filas de la lírica actual. Esto no quiere decir que Pereira, por dejarse influir de las corrientes más pobres de nuestra poesía actual, se escape de las caídas en la expresión decadente y vulgar, como en su poema «El pequeño tren»:

Lo manda un maquinista de Monforte,  
lo atiza un fogonero de Monforte,  
el revisor también es de Monforte,  
Genaro es el cartero y es del Bierzo.

No, la poesía no es eso por mucha «realidad» que encierre y por mucho que tenga de válido ese tema. Pereira no debiera abandonarse en lo fácil, pues él tiene capacidad para ir más allá, mucho más allá. No hay más que leer poemas suyos como «El desterrado», «Los compañeros», «El parque infantil», «Casi como la muerte de un soldado», «La fiesta» y otros muchos que harían larga la relación para estar muy seguro de ello. Esta es la razón por la que este libro arraigado, hondo y bello nos ha producido verdadera alegría, la que siempre nos produce la aparición de un poeta legítimo.